



Buenas tardes

Quiero empezar por agradecer a la Confederación un par de cosas: por un lado que me hayan invitado para exponer mi opinión como alcalde, lo cual indica que les interesa, y eso para un pequeño pueblo como el nuestro, es muy importante.

Por otro lado, agradecerles que hayan organizado la Escuela de Alcaldes sobre ríos. Un río es muy importante para un pueblo, ya que aporta muchísimas cosas (casi todas buenas). Por ejemplo aporta riqueza al paisaje, a la agricultura, al turismo o resuelve el suministro de agua. En muchas ocasiones incluso da nombre o apellidos a los pueblos o a los valles como el nuestro. Si nos ponemos a pensar podríamos encontrar decenas de factores de índole muy variada por los

que un río se convierte en un elemento diferenciador en un pueblo, desde lo más intangible a lo más práctico y material.

En nuestro caso el tramo del río Corneja que atraviesa nuestro municipio no es gran cosa, la verdad. Y lo peor es que en la actualidad ha perdido protagonismo de manera muy notable. He vivido siempre en Berrocal, y puedo decir que los últimos treinta años, de los que tengo plena consciencia, la pérdida de contacto entre la población y su río ha sido demoledora, hasta llegar al momento actual donde veo una divergencia casi total entre una y otro. Prácticamente no hay conciencia de Río.

¿Por qué? Muy sencillo. En estos treinta años la vida de nuestro pueblo ha cambiado al cien por cien. Los recursos que suponen un río como el Corneja son aceptables en una economía de subsistencia como la que imperaba en nuestra comarca hasta bien entrado el siglo XX, pero hoy nadie vive de una pequeña

huerta, ni lava la ropa en la corriente del río, ni recoge sanguijuelas para usos curativos.

Como recurso turístico tampoco es atractivo, ni como zona de baño ni de pesca. Por eso ha terminado por convertirse, casi, en un río fantasma.

No tengo noventa años, todavía, pero sí siento un poco de nostalgia de mis años infantiles con respecto al río. Recuerdo que no había piscinas municipales aún en Berrocal, y si no nos llevaban a las de Piedrahita, o al Tormes en el Puente del Congosto o en Encinares, pues no nos quedaba otra opción que recorrer, a pie o en bici, los dos km. que habrá de distancia entre el pueblo y el río. Y era siempre la última opción porque además corríamos el riesgo (con una probabilidad del 99 %) de ser acribillados por lo que allí llamamos *Violeros*, que son unos mosquitos gigantes y demoniacos, cuyas picaduras pican a rabiar. Y además decir bañarnos era decir mucho, porque la cantidad de agua que suele haber en cuanto empieza

el calor (que es cuando en Ávila apetece bañarse, imagínense,) se reduce a un pequeño charco que sólo da para remojarse un poco. Recuerdo también que para estirar el agua construíamos lo que llamábamos una poza. Para ello llenábamos sacos viejos, de los que se utilizaban para los cereales y piensos, con arena del río, y colocándolos en algún punto estratégico conseguíamos detener la corriente y que se acumulase algo más de agua. Hoy, al pensarlo, supongo que esto estará prohibido, pero os juro que hace más de treinta años, así que supongo que habrá prescrito.

Cuando caía la tarde se oían los motores que extraían el agua para regar las huertas, y aún conocí yo funcionando muchas norias de sangre (por si alguien lo desconoce, las norias de sangre son las que utilizan un animal para sacar el agua. En nuestra zona era casi siempre un borriquillo). De manera que, entre unas cosas y otras, la ribera del río estaba concurrida, era un río vivo.

Y de esto hace tan sólo treinta y pocos años. A los mayores les he oído contar mucho más. Como que las señoras lavaban la ropa en la corriente, incluso en los rigores del invierno, cuando el río estaba literalmente congelado, y ellas tenían que romper la capa de hielo para poder hacer su tarea. Imaginaos como se quedarían las manos después de lavar varias horas en este agua.

O como los más pobres del pueblo, que no tenían huerta, cuando los demás habían recogido la cosecha de patatas o de otros frutos, volvían a remover la tierra en busca de lo poco que pudiera haber quedado por descuido. Lo llamaban “ir a rebusco”.

Y es que aquellas huertas, hoy olvidadas, surtían la casa de verduras de temporada, de patatas y legumbres para todo el año, de fruta, sobre todo manzanas de Reineta y Verdedoncella. Aquí a las manzanas las llamamos “peros”, por ser el masculino de las peras, que también se recogían, pero en menor medida. Y la ciruela Claudia, de pequeño tamaño pero de un sabor impresionante.

En general todos los frutos recogidos eran escasos y pequeños, pero muy sabrosos, justamente lo contrario de lo que podemos encontrar hoy en los escaparates de las mejores fruterías.

Y de esta cosecha, si había algún sobrante se vendía a algún vecino y esto suponía un ingreso extra.

Y también con el fin de hacer algún dinero hubo quien plantó chopos, para más tarde venderlos a la industria del papel. Aunque también eran utilizados como vigas en la construcción de viviendas, al igual que los negrillos que también crecen en la ribera. Y es que aquella forma de construir sí que era realmente sostenible. Las arenas utilizadas provenían igualmente del cauce del río, sin menoscabo de este, ya que la fiebre del ladrillo no había llegado aún.

En nuestro pueblo también las tejas, ladrillos y baldosas para la construcción se fabricaban con los barros extraídos del que se conoce como Charco de los Tejeros, muy cercano, prácticamente unido al Corneja.

Y si nos remontamos a los tiempos en que no existía corriente eléctrica, todo el cereal cosechado en el pueblo había de ser molturado en los molinos del Corneja. Desde Berrocal iban a los molinos de Villar de Corneja, pero en los archivos, en libros del XVII-XVIII, aparecen referencias a la existencia de un molino en nuestro término municipal, del que hoy no queda ningún vestigio.

En fin, que si comparamos lo que el río significaba para la población de Berrocal hace años, y lo que puede significar ahora, veremos que la diferencia es abismal. Esto es sin duda lo que ha hecho que pueblo y río se hayan ido alejando uno del otro.

Hasta el punto de que el río nos pasa casi desapercibido y sólo se nombra ya de vez en cuando, por ejemplo entre los paseantes que eligen el camino del río para su paseo, porque el camino aún es práctico, pero no es el río el destino, ni mucho menos.

También está presente como suministrador de agua para el abastecimiento de la población. En la orilla del río hay un sondeo a poca profundidad. Cuando el río lleva agua surte al sondeo; éste se llena y la deriva mediante motor eléctrico a unos depósitos situados en la parte alta del pueblo. Y desde allí, por acción de la gravedad, se abastece al pueblo. Cuando el río se seca, se vacía el pozo, y entonces hay que tirar de otro sondeo, este ya de gran profundidad y alejado del curso del río, que abastece a varios pueblos vecinos, de agua, y os diré que también de un poquito de arsénico. Este abastecimiento de agua desde el Corneja es muy importante, sin duda, pero resulta lejano a los vecinos, que no suelen estar pendientes de cuándo se utiliza un pozo o el otro. Ellos lo que saben es que abren el grifo y sale el agua. Y del río ni se acuerdan.

De manera que, como hemos visto, antiguamente el río servía para todo menos para el consumo, puesto que el agua que bebían se recogía de las fuentes y manantiales que había dentro del pueblo. En cambio ahora es al contrario.

Sin embargo, la responsabilidad que tiene el ayuntamiento sobre el río siempre nos parece mucha, y para un ayuntamiento tan pequeño, costosa. Por eso no es extraño que algunos alcaldes no vean más que problemas. No siempre tenemos bien claro lo que podemos o no podemos hacer en el entorno del río. Ni lo que es responsabilidad nuestra. Ni tenemos los conocimientos (ni nosotros como autoridades ni los vecinos) sobre lo que está bien o mal hecho. Y para colmo a veces nos parece que los técnicos de la confederación no nos entienden ni nos tienen mucho en cuenta... Por no hablar de las multas.... De hecho la alcaldesa de un municipio vecino, mi colega y amiga Carmina, amenizó la charla de la escuela de Alcaldes de Berrocal con una multa de 3.000€ que traía clavada en el pecho.

Por todo esto nos parece tremendamente positiva la iniciativa de la confederación de acercar posturas entre ambas partes.

En la jornada teórica nos explicaron un montón de cosas muy interesantes.

Algunas las sabíamos y otras no, así que sólo con eso ya sería suficiente para decir que fue bueno. Empezó Rosa hablándonos del marco jurídico, de nuestra responsabilidad y de la de la confederación, de la capacidad de actuación, de deberes y derechos.

Ese es un tema peliagudo, y surgieron algunos tira y afloja. Los alcaldes allí presentes demostraron un alto interés en este punto y le hicieron a Rosa varias preguntas, quejas y sugerencias. Y tuvimos que abreviar porque sobrepasamos bastante el horario previsto. Y eso siempre es indicio del interés que despierta la cuestión.

Siguió Carlos Marcos contándonos casos prácticos que han realizado en algunas localidades, lo que siempre viene bien porque te puede inspirar, sobre todo cuando hablaba de acciones “baratas”. Después de esto, por ejemplo, yo analicé el modo en que están planteados nuestros vertidos de aguas fecales, y caí

en la cuenta de que ahí tenemos que hacer algo, y que quizá, con su ayuda, encontremos alguna solución fácil y barata. Así que es probable que a medio plazo (ahora no es factible) nos pongamos a ello. Y es probable también que si no hubiéramos acudido a esta charla ni siquiera nos lo hubiéramos planteado. Y mira que huele mal cada vez que pasamos por allí...

Por último Raúl Tapia, de Fundación Tormes, nos explicó algunas de sus experiencias en municipios a través del voluntariado. Y esa fue otra dosis de información que guardamos en el cajón de cosas interesantes, para tirar de ella cuando encontremos el momento.

De modo que en prácticamente tres horas resolvimos dudas, planteamos problemas y posibles soluciones, y algo también muy importante, nos pusimos cara unos a otros y tuvo lugar una comunicación directa, un ponerse en el lugar del otro. Y ese, siempre, es el primer paso para un buen entendimiento.

Allí también (al menos por nuestra parte) aumentó nuestro nivel de conciencia sobre el río, nos implicamos más con él. Gracias a algunas curiosidades que nos contó Carlos sobre nuestro Corneja nos planteamos en serio acudir a la jornada práctica, unos días después. ¡Lo de la bermejuela nos llegó al alma! De verdad, nos impresionó saber que ese pececillo pequeño que hemos visto toda la vida por allí, despreciado por su tamaño, tenía su importancia, y que además nuestro río es uno de sus mejores hábitats. Para los que no lo sepan diré que la bermejuela y los demás ciprínidos que habitan nuestro río son endemismos de la península ibérica y por tanto ofrecen alto valor ecológico. La bermejuela, además, es una especie declarada en régimen de protección amenazada.

Así que fuimos un caluroso día al encuentro práctico. Esa jornada resultó especialmente enriquecedora y nos vinculó aún más con nuestro río. Nos explicaron sus peculiaridades y los problemas que presenta (que en el Corneja son básicamente los obstáculos transversales).

Todo aquello nos concienció de la importancia de mantener el cauce limpio y de respetar el equilibrio de su ecosistema. Aprendimos que el Corneja no es sólo un regatillo, como a muchos en la actualidad les puede parecer, sino que es un riachuelo muy digno. Lo conocimos mejor y nos entraron más ganas de cuidarlo y disfrutarlo. Y también de compartir todo ello con nuestros vecinos. Así que en los días siguientes contamos todo lo que habíamos aprendido a quien nos quiso escuchar y lo divulgamos por diversos medios de los que disponemos en nuestro ayuntamiento. Vimos, con gusto, que la información que publicábamos en nuestras redes sociales provocaba el interés de nuestros seguidores, y tuvimos varios “me gusta” en facebook y retuits en twitter. Hasta enviamos la información al Diario de Ávila, que publicó una pequeña nota el día 20 de junio.

En definitiva, creemos que la escuela de alcaldes ha sido valiosa para nosotros como ayuntamiento y puede serlo para nuestros vecinos en el futuro. De algún modo nos ha ayudado a recuperar nuestro río. Igualmente, la jornada

realizada por la Fundación Tormes-EB en el colegio ha servido, entre otras cosas, para que los profesores decidieran festejar el fin de curso en nuestro “charquito”.

Y nos parece tan importante, que hemos decidido ilustrar toda nuestra intervención con ese instante.

Y por último, hemos elegido un vídeo grabado desde el aire (en ultraligero) que recorre un tramo de nuestro corneja. Está grabado hace unos cuantos años.

Y nos lo ha cedido su autor Manuel Menchén. Así podrán conocer nuestro río un poquito mejor.

Muchas gracias por su atención.

<http://www.youtube.com/watch?v=NkuUWjmbosw&feature=related>



Los niños del colegio de Sta. M^a del Berrocal, del CRA La Serrezuela, disfrutaban del río en la excursión de fin de curso. Junio 2012.